

Aquilino Polaino

# ¿Hay algún hombre

# en casa?

tratado para el  
*hombre ausente*



Desclée De Brouwer



aquilino polaino

# **¿Hay algún hombre en casa?**

tratado para el *hombre ausente*

© 2010, Aquilino Polaino

© 2010, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A.

Henao, 6 - 48009

[www.edesclee.com](http://www.edesclee.com)

[info@edesclee.com](mailto:info@edesclee.com)

Asesor literario-editorial: Miguel Janer

ISBN: 978-84-330-3529-5

EDICIÓN DIGITAL: [Grammata.es](http://Grammata.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos [-www.cedro.org-](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*¿Qué pasará cuando la mayoría de las mujeres puedan decir:*

*“Qué buen padre es mi pareja”?*

*Por el momento, una multitud de varones  
ni se han matriculado en la asignatura.*

*Tienen que darse prisa.*

# Introducción: Padre no hay más que uno

Todo el mundo está de acuerdo en que “madre no hay más que una”. Pero es igual de cierto que “padre tampoco hay más que uno”. Lo cual, por desgracia, se olvida con demasiada frecuencia. Tanto por parte del hombre, que durante siglos ha rehuído su responsabilidad en la familia –más allá de una genérica protección física o de proporcionar el sustento–; como de la mujer, que al reclamar cotidianamente su cuota de poder, termina monopolizando la educación de los hijos.

Un ejemplo. Cuando un juez otorga la custodia de un hijo pequeño a la madre –porque es el progenitor al que más se necesita en esa edad temprana–, no se deja a un padre sin su hijo: también se deja a ¡un hijo sin su padre! El hijo necesita que, en la relación de pareja y en la familia, haya un varón que asuma su parte de la tarea.

Como terapeuta he comprobado en multitud de ocasiones que esa ausencia del hombre acarrea muchos problemas.

En una ocasión, y en un corto lapso de tiempo, acudieron a mi consulta dos muchachos que necesitaban que alguien les escuchase y les ayudase a encontrar una huella afectiva en relación con sus padres.

El primero de ellos me contó su problema: “mi padre es una excelente persona”.

Sorprendente que eso sea un problema.

—Mi padre y mi madre se separaron cuando yo tenía siete años –me dijo–. Ahora vivo con ella y su nueva pareja, un

hombre al que también admiro.

Pero el chaval me aclaró que apenas tenía contacto con su padre biológico.

—Tengo veinte años y desde que se marchó de casa sólo he podido hablar largo y tendido con él dos veces. Lo he intentado, pero siempre está ocupado.

Me explicó también que había visto pocas manifestaciones de afecto en su progenitor y eso le resultaba incomprensible.

—Le admiro porque tiene una enorme capacidad de trabajo, su empresa va muy bien... pero entre nosotros no hay vibraciones. Es generoso conmigo. Creo que le cuestan unos 4.000 euros mensuales. Y eso debe ser porque le importo. Aunque no lo sé. Gana tanto dinero que quizá mis 4.000 euros son una minucia.

El muchacho siguió hablando sobre la relación entre su padre y su madre biológicos que estaba rota.

—Sigue pasando dinero. Creo que quiere compensar todo lo que ha hecho.

—Mi relación con la nueva pareja de mi madre es buena. Es lo contrario de mi padre: bromista, cariñoso, le encanta el deporte, tiene un barco, salimos juntos a pescar, me anima, me pregunta por mis estudios, siempre me dice que los suspensos están para convertirlos en sobresalientes.

Pero todo eso no le bastaba.

—Mientras mi padre me siga mandando dinero seguiré viviendo como vivo: paso y he pasado por todo. Vivo con una chica mientras dure. No estoy seguro de tener ganas de formalizar la situación.

—Con mi madre me lo paso bien y con su pareja también, pero es como una familia de acogida: personas que me subvencionan.

El muchacho echaba de menos que su padre se implicara en sus cosas.

—Tendría una bandera por la que luchar. Pero él solo me dice: ¿Cuánto necesitas?

Estaba, en fin, profundamente cabreado. No veía claro el cariño de los que le rodeaban.

—Me digo: “voy a amarme a mí mismo y, aunque los demás no me amen, tiro *palante* solo”. Pero no es la solución. Ese amor propio me lleva al huerto.

A veces, llegaba a pensar que mejor hubiera sido que su padre hubiese muerto.

—Habríamos pasado por más estrecheces económicas —comentaba—, pero mi mapa cognitivo estaría más claro. No me costaría tanto esfuerzo admitir que mi padrastro es mi padre.

—Yo no sé por qué me han traído a este mundo».

Otro muchacho me confesaba que tenía más confianza con su madre que con su padre. Aunque su padre fuera un hombre digno de admiración, que habitualmente se levantaba a las cinco de la mañana, se ponía a ver papeles y cuando a las ocho desayuna ya tenía los deberes hechos. Un hombre íntegro y muy leal con su madre, y sus hermanos...

Y aquí torció el gesto.

—Pero a veces pienso que soy un hijo no deseado. Lo que más me duele es que sistemáticamente todo lo que yo hago está mal: “Vas vestido como un macarra”, “no te pue-



des presentar así con tus amigos porque van a decir que eres un *friky*", "no eres capaz de empezar una cosa y acabarla", "no sirves para nada, otra vez te has dejado la luz encendida", "ya has perdido dos móviles, que ya eres un tío mayor de edad que vota, ¿cómo puedes perder dos móviles?", "en el fondo eres un irresponsable".

Incluso comiendo le corregía.

—La solución sería largarme de casa pero —me dijo el chaval—... Pero ¿a dónde voy a ir? No tengo ni un euro.

Mi interlocutor me aclaró que no necesitaba tanto el elogio, como que su padre le ayudase a pensar que valía para algo. Nunca lo logró.

—Si todo lo hago tan mal, ¿por qué sigue sosteniéndome? ¿Me tiene manía? Yo no le he hecho nada».

La autoestima del muchacho estaba por los suelos. Creía que esa era la causa de que los estudios no le fueran bien.

—A veces he pensado cómo hubiera cambiado mi vida si mi padre hubiera tenido confianza en lo que yo puedo hacer».

Pequeños dramas como estos son más habituales de lo que pueda parecer. Y más dolorosos. La falta de definición de la figura del hombre en la relación de pareja, o la falta de un padre comprometido de verdad en las relaciones familiares, puede acarrear graves disfunciones personales y psicológicas. Por ello, como la familia, en todas sus manifestaciones, es tan poliédrica, hace falta, ahora más que nunca, tener las ideas claras.

Con los tiempos que corren ser padre es probablemente una de las tareas más complicadas. El *microuniverso* de la familia es complejo y las relaciones *padres-hijos* y *hombre-mujer* tienen muchas dimensiones.

El hijo es el primer observador de esta compleja realidad. Un niño o una niña tienen una percepción del padre que puede ser subjetiva o errónea, pero es la suya y la que al final cuenta; por lo que el impacto de cómo se comporta el padre, desde una caricia a una mirada correctiva o una bronca, es la medida con que evalúa qué es la paternidad, la filiación y, en el fondo, la familia donde viven.

Sin ser trágico, muchos jóvenes viven el primer drama de sus vidas en su propia familia: no han encontrado ese espacio vital necesario para ser felices y viven con un dolor que puede cercenar su proyecto vital. Esto es grave, porque el ámbito *preconstitutivo* de la masculinidad y de la feminidad, la familia, condiciona, y mucho, el modelo de pareja y hogar que uno forma cuando es adulto.

# 1

## La importancia de la figura del padre

Es obvio que los niños y los jóvenes tienen derechos. A lo largo de los últimos años se han ido recogiendo en los diversos códigos vigentes, inspirados en la Carta Magna de Los Derechos del Niño. Pero todavía queda mucho por hacer, desde la perspectiva de la paternidad y la maternidad. Porque a lo primero que tiene derecho un niño es a tener un padre y una madre. Y no sólo eso. El niño tiene derecho a tratar y conocer a sus respectivos padres.

Un derecho irrenunciable porque, como demuestran hasta la saciedad todos los estudios al respecto, esta relación influye sustancialmente en su desarrollo cognitivo y emocional. Tal relación es *constitutiva del ser* del hijo y, por eso mismo, no es negociable. Lo que significa que los padres deben estar informados de los deberes que deben asumir como obligación natural que deriva de su paternidad.

En este capítulo hago referencia sólo a la paternidad, no porque considere, evidentemente, que la figura de la madre es menos relevante, o porque aprecie una más que otra; digamos que, como se dice ahora, es por exigencia del guión. No hay paternidad sin maternidad, y viceversa: ambas están en paridad, tal como exige la estructura bicéfala de la familia. El problema es que aunque sólo sea de facto, mucha gente no cree en esta igualdad, sobre todo en los primeros años del desarrollo de la criatura.

Y aquí entramos en un tema fundamental: la familia es bicéfala, aunque algunos no estén de acuerdo. El derecho a la relación *hijo/a-padre* e *hijo/a-madre* es el núcleo sobre el que se vertebra la personalidad *del/a niño/a* a lo largo del tiempo; es decir, algo que para él o ella tiene vital importancia y a lo que se le debería dar el mismo valor, como mínimo, que a la alimentación o cualquier otra cuestión educativa.

Pero una cosa es lo que debe ser y otra lo que es en la práctica. Actualmente este derecho del niño es conculcado muchas veces –posiblemente demasiadas para que no haya secuelas sociales importantes–.

Nunca deja de sorprenderme que en la familia, el énfasis de la educación temprana se pone más en aspectos como el cuidado de la higiene o la alimentación, y se desatienden aspectos referentes a las relacionales –e interacción– entre padres e hijos, de las que dependen cuestiones psicológicas y personales tan o más importantes que las referidas al mero crecimiento biológico.

Sin esas necesarias interacciones, el hijo o la hija encuentran serias dificultades para desarrollar su identidad personal. ¿Acaso no es más grave esta falta de desarrollo afectivo que una deficiencia en el aporte de vitaminas en la dieta o la limpieza del vestido? ¿Qué es más importante: la identidad personal o la salud bucal? Hay una razón que podría justificar este despiste: la invisibilidad del proceso de maduración de la identidad personal de los hijos. Algo que puede considerarse un factor atenuante, pero no una justificación.

## El derecho a la educación de los sentimientos

El derecho del niño a tener la figura del padre cerca al lado de la de la madre en su proceso de desarrollo, no es el único derecho que, considero, se conculca hoy día. Existe otro derecho, no menos importante, y no menos vapuleado. Se trata de lo que se ha dado en llamar “educación sentimental”, es decir, la educación de los hijos en la afectividad.

En la mayoría de las familias –por no decir en casi todas–, a los hijos no se les educa en la afectividad con la misma intensidad que se les instruye en otras cuestiones que son más accidentales. Entre otras cosas, porque los padres no saben cómo hacerlo y porque las ciencias de la educación no han logrado diseñar y generalizar, por el momento, los necesarios procedimientos.

¿Significa esto que los padres no educan en la afectividad a sus hijos? No. Nada más lejos de mi intención mantener algo así. Evidentemente los padres educan en los sentimientos a sus hijos, pero lo hacen de forma no consciente ni voluntaria, con un procedimiento *in obliquo* o derivado.

Voy a explicarme un poco más para que luego no se diga que los psiquiatras no nos sabemos hacer entender.

Por lo general, cuando los padres manifiestan sus afectos a los hijos en la vida cotidiana no reparan en que contribuyen a modelar su afectividad, es decir, el talante afectivo que tendrán cuando sean mayores. Por eso, me he atrevido a decir que no son muy conscientes de lo que hacen. No que no lo hagan o que lo hagan mal. No es lo mismo, cuando hablamos con un hijo (después de haber tenido un encontronazo con alguien que nos ha puesto de mal humor), acariciar al chaval que está pendiente de nosotros o tratarlo con frialdad. Sin darnos cuenta le estamos enseñando a

acoger mejor o peor, o a rechazar las manifestaciones de afecto o desafecto de los demás. La educación en la afectividad se realiza de forma espontánea, pero muy poco razonable, porque no es ni voluntaria ni consciente.

Esa formación de la afectividad es derivada y reactiva, porque al manifestar con un gesto, una caricia o una palabra la ternura que siento por un hijo, no es el fin inmediato que me propongo. Manifiesto simplemente mi espontáneo querer (la acción visible, consciente y voluntaria que realizo), pero ignoro que con ese gesto estoy educando en la afectividad (de acuerdo con una pedagogía invisible o no manifiesta, aunque no menos eficaz y necesaria).

Estoy educando los sentimientos en mis hijos muy a mi pesar y desde una ignorancia encubierta y no libremente elegida. Si un padre fuese consciente de todo este proceso, sería más cuidadoso, prudente, exigente en su comportamiento y atendería la peculiar singularidad personal de cada uno de sus hijos. Estoy convencido que entonces se exigirá más de esas manifestaciones afectivas, adecuándolas a la forma de ser de cada hijo y a las necesidades del contexto.

## El escenario natural para el aprendizaje de la afectividad

Otro escenario natural donde los hijos e hijas aprenden a manejar su afectividad es a través de la observación del comportamiento afectivo de sus padres en las relaciones de pareja.

Mediante esa observación –siempre atenta– los hijos perciben las miradas de complicidad que se dirigen sus padres; los gestos de ternura o de contrariedad cuyo significado exacto tal vez no acaban de comprender, pero sí intuyen; las manifestaciones verbales de aprobación y apoyo, o de contrariedad y franca oposición; la afirmación de lo que el otro o la otra dice o su franca o encubierta desaprobación o descalificación; la unidad y el espíritu creativo que los une o el tedio y aburrimiento que los separa. Los hijos, después de observar, imitan lo observado, para más tarde interiorizarlo, identificarse con ello y vivirlo desde su subjetividad original.

Hijos e hijas aprenden del comportamiento de la pareja, que son los padres, los esbozos de la relación entre un hombre y una mujer, la delicadeza y respeto o la desautorización más vehemente, la crispación o la armonía. En ese sustrato hundirán más tarde las raíces de su comportamiento sentimental cuando él o ella inicien una relación de pareja o emprendan un proyecto familiar. El comportamiento de pareja de los padres es el escenario natural del aprendizaje sentimental de los hijos en lo relativo a las relaciones hombre-mujer. Lo que aporta la maternidad y paternidad a los hijos e hijas tiene un valor incalculable, puesto que el estilo emocional propio de los padres se trasmite a ellos mediante este aprendizaje.